

LA GRAN PIEDRA

Cuento de Pascua 1º, 2º, 3º

En los alrededores de la ciudad de Jerusalén, el terreno es rocoso en una larga extensión. Hace mucho tiempo, en frente de una de aquellas rocas, había un jardín. Este jardín pertenecía a un hombre rico, que a veces mandaba allí a su jardinero para cortar el pasto o juntar los frutos de los olivos. Aparte del jardinero, raramente había alguien allí; en el jardín reinaban siempre la paz y el silencio. Sólo los pájaros cantaban y el viento rumoreaba en los ramajes verdes y plateados de los árboles. Un día empero, varios hombres entraron en el jardín cargando picos puntiagudos. Fueron hasta la roca y comenzaron a arrancarle pedazos de piedra con todas sus fuerzas. Primero hicieron un agujero pequeño, que fue haciéndose más grande al ir cayendo la rocalla sobre el prado. Por fin, los hombres habían cavado una enorme gruta. Escogieron entonces el mayor entre los pedazos de piedra y golpearon en él durante mucho tiempo. Cortaron y alisaron los cantos hasta que la piedra quedó redonda como una muela de molino.

“Esa va a servir de puerta más tarde, con la cual cerraremos la gruta”, dijeron ellos, haciendo rodar la piedra bien lejos. Allí quedó en el pasto, sola y desprotegida. El viento sopló sobre ella, la lluvia la mojó con sus gotas, y el sol la calentaba tanto que a veces pensaba que iba a resquebrajarse. *“¡Ay!”*, pensó la piedra, *“qué bueno era cuando todavía estaba abrigada y protegida por mi roca materna. Lo que tengo que soportar ahora es malo. Soportaría todo bien si al menos pudiese estar más cerca de ella, verla y hablarle”.*

Pero la piedra estaba muy lejos de su roca materna, libre y desprotegida. Ella no sabía que iba a ser una piedra muy especial.

Una noche en la que ninguna estrella brillaba en el cielo, la piedra oyó un lamento muy doloroso. Pensó: *“¿Habrà alguien aquí que está triste?”* escuchó bien y de repente percibió que era la propia tierra que de sus entrañas clamaba al cielo. La gruta de donde los hombre habían sacado la piedra parecía una gran boca, de la cual salía el gemido de la tierra en la noche.

Ella se lamentaba: *“¡Ay, que vieja estoy, me siento tan cansada! Mis fuerzas se acabaron. Ya no quisiera más hacer crecer a las plantas, no quisiera más hacer brotar el agua. Estoy tan débil, todo me duele. ¡ay! Si pudiese subir desde las profundidades hasta el sol y en él volverme joven y fuerte otra vez. ¡Por favor, sol ven a buscarme!”*

Cuando la piedra oyó a la madre tierra, cómo se lamentaba, quedó con miedo de que ella fuera a morir. Todas las noches la oía suspirar de ese modo. Entonces la piedra también clamó al sol:

“Oh, Sol!, ¿nunca vas a responder a los lamentos de la madre tierra? ¿No puedes hacerla subir hasta los cielos y darle nueva fuerza y nueva vida? ¡Por favor, querido sol! Ayuda a la tierra”. Pero el sol no podía hacer ascender a la tierra a los cielos.

Así, todas las noches, la piedra tenía que oír los lamentos de la madre tierra sin poder hacer nada para ayudarla.

Pasado algún tiempo, un día en que el sol estaba alto en el cielo azul y no se veía ninguna nube, ocurrió que la luz del mediodía se volvió pálida y mortecina. El sol se tapó y todo se oscureció como si fuese de noche. En el jardín todos se asustaron: los animales, los árboles, las flores y la piedra también. Pero quien más se asustó fue la tierra. Jadeaba tanto, que todo lo que estaba sobre ella temblaba. La piedra gritó:

-“Ay, ay, la vieja tierra va a morir, el sol la va a abandonar!”. Fue esa la hora para la tierra y para todos los que sobre ella habitaban. “Qué daría por estar todavía en mi roca, qué daría por estar allí en la gruta de donde salía el lamento de la tierra. Me gustaría tanto consolar a la madre tierra.” Suspiró la piedra.

Justo cuando estaba pensando tales cosas, vio unas personas entrando en el jardín caminando lenta y cuidadosamente. En medio de ellos la piedra percibió una luz suave y, cuando se aproximaron más, se dio cuenta que cargaban una persona muerta.

De ella irradiaba aquella luz semejante a la luz del sol cuando penetra a través de las nubes. La colocaron dentro de la gruta, que era en realidad una sepultura, exactamente en el lugar en que había estado la piedra antes de haber sido arrancada de la roca. La piedra no comprendía lo que pasaba cuando los hombres la agarraron, la hicieron rodar y con ella taparon la boca de la gruta en la cual yacía aquella persona luminosa. Ahora la piedra era la puerta de la sepultura y al mismo tiempo, estaba bien cerca de Él. Su mayor deseo se había realizado, estaba otra vez junto a su roca y podía oír pulsar el corazón de la madre tierra.

Por la noche, la piedra pensó que oiría nuevamente sus lamentos, pero la boca de la madre tierra estaba cerrada, una persona luminosa se encontraba allá adentro y la propia piedra estaba en su frente. Oyó entonces un sonido delicado que subía del interior de la tierra. Era un sonido de júbilo, un sonido extremadamente bello. ¿Qué pudo haber sido lo que la piedra oyó? Después de escuchar por algún tiempo, reconoció lo que era: la tierra estaba cantando una canción, y la piedra oyó lo que la tierra cantaba:

-“El hombre del Sol vino a mí, y ricamente se me presentó: con su cuerpo y su sangre me dotó de vida divina. Ahora volví a ser joven y fuerte. Él me está trayendo la fuerza del sol. De este modo, se vuelven a unir el cielo y la tierra. Loado sea el Hijo de Dios.”

Cuando la piedra oyó el canto de la tierra se quedó feliz y tranquila como una niña a quien su madre le canta una canción de cuna. Entonces reinó un gran silencio en el jardín y durante un día y una noche no ocurrió nada. La tierra no emitió sonido alguno, ninguna brisa agitaba las hojas, ningún pájaro cantaba, ningún grillo chirriaba. También la piedra yacía muda y esperaba. Le parecía que la madre tierra guardaba un gran secreto escondido dentro de ella.

De repente, antes de rayar el día, la piedra se vio rodada hacia un lado, sólo que esta vez no era por fuerza humana que rodaba. La tierra se estremecía. Primero la piedra se asustó, pero luego percibió que no era de miedo por lo que la tierra se estremecía, era de felicidad.

¿Qué acontecería? Allí, donde hacía poco yacía la persona luminosa, surgía ahora un ser resplandeciente. Era el Hombre del Sol. Había resucitado de la sepultura en la gruta. La luz que ahora se veía no era suave como la luz del sol a través de las nubes, sino más brillante que el cielo.

Inundó la piedra con su luz, atravesó el jardín, e imperceptiblemente desapareció. La piedra fue la única que había visto lo que aconteció. Cuando todavía estaba mirando hacia donde caminaba el Hombre del sol, un ángel se sentó sobre ella. El sol irradiaba por detrás de la sepultura de la roca. Entonces entraron algunas personas en el jardín buscando a aquel que habían puesto en la gruta el día anterior. Se asustaron cuando vieron que la piedra había sido retirada y la gruta estaba vacía. Pensaron:

-“Un enemigo malo se llevó a la persona más querida”. La piedra quería consolarlas, quería decirles todo lo que había visto en la madrugada. Pero para las personas, las piedras eran mudas. Entonces, ésta pidió al Ángel, pues los Ángeles entienden lo que las piedras dicen:

-“Diles todo lo que sucedió”. El Ángel escuchó el pedido de la piedra y dijo a aquellas personas perplejas:

-“Aquél a quien buscáis no está aquí. El resucitó e irá delante de vosotros en todo tiempo y en toda parte de la vida”.

Durante milenios la piedra guardó todo el acontecer que había presenciado en aquellos días, y con ella, todas las piedras del mundo. Desde entonces, las veces que alguien pasa caminando cerca de las piedras muy antiguas piensa:

-“Si estas piedras hablasen ¿qué tendrían para contar ahora?” en tales momentos, el ser humano presiente el gran secreto de la piedra, que vio cómo el Hombre del Sol, el Hijo de Dios, fue sepultado y resucitó”.

Aportación de Cristina Meléndez